



Cuaderno N° 1

**“Blancos y colorados en los 50”**

*Gerardo Caetano, Luis E. Mallo, Ope  
Pasquet, Julio Louis*



**FUNDACION VIVIAN TRIAS**

Colonia 1456 Piso 5. Montevideo 11200. Tel +598 2402 1053. [www.fundacionviviantrias.org](http://www.fundacionviviantrias.org)

# cuadernos de la fundación

(El texto que publicamos en este Cuaderno de la Fundación N° 1, es la versión desgrabada de las exposiciones efectuadas por los indicados panelistas invitados a debatir sobre el tema «Blancos y Colorados en los 50» en el primer Ciclo del Programa «Foro de Debates» de la Fundación Vivian Trías sobre «La fermental década de los 50». Dicho debate se realizó el día 13 de noviembre de 1995, en nuestra Sede Social).

**BLANCOS Y COLORADOS en los 50**

**Prof. GERARDO CAETANO**

**Senador Dr. Luis E. Mallo, Dr. Ope Pasquet  
y Prof. Julio Louis**

N° 1

Noviembre/97

**FUNDACION VIVIAN TRIAS**



## PRESENTACION

Con la presente entrega, la Fundación Vivian Trías, asociación civil sin fines de lucro, de carácter independiente y plural, inicia su colección **CUADERNOS DE LA FUNDACION**, para recoger una selección de las principales exposiciones de sus Foros de Debate y otros trabajos. Ya estamos editando el **BOLETIN DE LA FUNDACION**, hoja informativa de nuestras actividades y estamos por concretar con Banda Oriental, la coedición de libros, con el sello editorial **LIBROS DE LA FUNDACION**, magno emprendimiento editorial de carácter periódico que reúne política, cultura y ciencia y prosiga, renovándolo, el riquísimo sendero del Amauta peruano y Marcha uruguaya, de los Maestros José Carlos Mariátegui y Carlos Quijano, respectivamente.

Hasta la fecha, tenemos grabadas, casi la totalidad de las exposiciones de los 40 paneles del Programa Foro de Debates, en torno a seis unidades temáticas, desarrolladas por el siguiente orden: «La fermental década de los 50», «La Reforma Educativa en cuestión», «Muro de Berlín: antes, durante y después», «Problemas de la salud en Uruguay», «¿Hacia una segunda Reforma Universitaria?» y «Aportes de Carlos Real de Azúa al pensamiento nacional».

Dada la cantidad de exposiciones y algunas carencias por razones técnicas de grabación, nos vemos obligados a efectuar una selección, por lo que pedimos anticipadas excusas a los expositores excluidos.

Salvo razones de oportunidad editorial, procuraremos recoger los materiales que estamos desgrabando siguiendo el orden temático de las diferentes unidades.

Por eso, estamos iniciando estos **CUADERNOS DE LA FUNDACION** con un material del primer ciclo: La fermental década de los 50, temática sugerida por el historiador Yamandú Gonzalez Sierra. El mismo corresponde al debate sobre **Blancos y colorados en los 50**, con cuatro destacados panelistas: el Prof. Gerardo Caetano, distinguido y joven historiador, docente y escritor, a cuyo cargo estuvo la exposición inicial; el Senador Dr. Luis E. Mallo (Partido Nacional), de brillante actuación parlamentaria y sólida formación cultural; el Dr. Ope Pasquet, joven y talentoso integrante del Partido Colorado, ex Diputado y ex Sub-Secretario de RR.EE.; y el Prof. Julio Louis, veterano docente de Historia y autor de varios trabajos, entre ellos uno sobre batlleberrismo.

Si bien hemos cuidado las distintas versiones grabadas con celo editorial, ninguna de ellas serán corregidas por sus autores, por razones prácticas. JED

Montevideo, noviembre de 1997.



## BLANCOS Y COLORADOS EN LOS 50

• GERARDO CAETANO

Me habían encomendado la difícil tarea de hablar de blancos y colorados en los años 50. Vamos a tratar por lo menos de tomar algunos ejes de una historia obviamente mucho más rica y mucho más intensa a los efectos de provocar la reflexión, de provocar eso que es la historia o pretende ser la historia: la interpretación crítica del pasado.

En primer lugar confieso que hablar de una década plantea sus restricciones. Generalmente los historiadores no periodifican por décadas, sin embargo el ciudadano común y en particular los uruguayos periodifican de esta forma. La memoria popular piensa en décadas y en particular, ni que hablar en la década de los 50, que por otra parte empezó con algo tan señalado con esa tecla que significa Maracaná por ejemplo. ¡Cómo no va a tener un prestigio casi mítico esa década!

Esa década se ha quedado en la memoria de los uruguayos con algunos perfiles muy distintivos. Tiene que ver con el optimismo de un país invicto. Tiene que ver con la euforia económica de un país que podía definir su futuro pensando tal vez con miopía que la abundancia era eterna. Fue la década en donde de alguna manera tocó a su fin el gran impulso industrializador iniciado a finales de los años 30. Es la época del apogeo, por un lado de la Suiza de América, toda esa cosmovisión que se hacía del país, como una referencia universal, una avanzada europea en medio del continente latinoamericano.

Pero tal vez la traducción de otra idea que venía de atrás –que entroncaba en el primer batllismo– era la idea de país modelo. La Suiza de América en la percepción de los uruguayos todos era eso, era el país modelo, era un país que podía constituirse en el error o en el acierto, pero en la creencia popular, era un modelo de referencia universal.

Es la década de la sociedad hiperintegrada, esa metáfora tan feliz de Germán Rama que refiere tan bien a la sociedad uruguaya de aquellos años. La sociedad hiperintegrada. Esa sociedad que sacralizaba el consenso, esa sociedad obsesionada por integrar aún a costa de pagar el peaje de la diversidad.

Es también la década de las restauraciones. El nuevo batllismo concibiéndose a sí mismo como una restauración, como una suerte de nuevo clasicismo. El Colegiado integral, ese episodio casi increíble de la historia uruguaya de un presidente convocando a una reforma constitucional cuyo principal objetivo era dividir el poder radicado en su persona. Debe ser un caso único en la historia universal. Un presidente que promueve una reforma constitucional obviamente por otros objetivos y con otros lineamientos pero que tenía como resultado la distribución de su poder.

Es el tiempo también de la siesta liberal. Es el tiempo donde avanzó también el espíritu conformista de «como el Uruguay no hay». Fue también la década que se inició en el apogeo y terminó en la crisis y allí como pocas décadas la metáfora del fútbol sirve



y ya que se ha recordado mi querido pasado deportivo, lo que une el fútbol no lo puede separar nada. Es la década que comenzó con Maracaná y creo que en algún sentido terminó con aquella derrota terrible de Puerto Sajonia, el 5 a 0 que dejó afuera por primera vez al Uruguay de una copa del mundo. Se ponía fin a esa noción de país invicto, que de alguna manera había sido ovacionada pero no derrumbada aquella lluviosa tarde de Lausana contra los húngaros.

Es decir, a pesar de las restricciones que plantea la periodificación por una década, acá hay una década intensa, acá hay una década que por otra parte cala hondo en la memoria de los uruguayos. Y bucear en esa época a través de un prisma especial, nada menos que el prisma de los llamados partidos tradicionales. Y digo «llamados partidos tradicionales» porque yo creo que en el Uruguay todos los partidos son tradicionales.

Un sistema político que de alguna manera ha definido la idea de partidos que no solamente se identifican por ideas sino que también se identifican por esas fillaciones simbólico-emotivas que acumulan, que definen los otros. En ese sentido, mucho más hoy, todos los partidos uruguayos son tradicionales. Aceptan esa referencia tradicional. Sin embargo blancos y colorados, en aquel entonces congregaban el respaldo de más del 90% de los ciudadanos uruguayos, constituían los partidos gobernantes, en algún sentido más que gobernantes, cogobernantes. Aquí en este sentido quiero insistir en este concepto. Partidos cogobernantes, también el Partido Nacional cogobernando.

Quizá para comenzar a transitar por la década de los 50 y su trayectoria en los partidos tradicionales, no se pueda sino comenzar con la coincidencia patriótica del año 48, que es tal vez una pauta que expresa esa vieja línea de larga duración que refiere la política de coparticipación como una clave de la historia uruguaya de todos los tiempos.

Es también la década en donde la vieja matriz de la cultura política uruguaya llega a su máximo nivel de expansión pero comienza a vivir una crisis de atomicidad que va a detonar en la década siguiente que es la década de la crisis final de la partidocracia uruguaya.

¿Cómo transitar esa década tan especial a través del prisma de los partidos tradicionales? Yo he trazado una ruta posible entre otras. Primero tratar de identificar algunos hitos, algunos episodios, algunos temas, algunos componentes de la historia de estos dos partidos en esa década; y luego tratar de referir esa historia a tres asuntos que, en algún sentido tienen mucho que ver con el presente y que configuran desafíos radicalmente contemporáneos.

En primer lugar esa década de los años 50 en la trayectoria de los partidos tradicionales, se desenvuelve como el escenario de la crisis de un modelo de desarrollo, más aún de lo que podríamos llamar la ecuación neobatillista del estado social.

Segundo asunto, los primeros atisbos del debilitamiento del sistema democrático que sin embargo en el mismo momento en que empezaba a erosionarse planteaba resistencias a implantaciones populistas netas como las que precisamente en esa década recorrían América Latina.

Y en tercer lugar y tal vez el gran problema, el gran déficit en la productividad política de los partidos tradicionales en los años 50, la dificultad para impulsar como en



otras épocas la innovación que el país requería inexorablemente, desde la tradición. La imposibilidad de articular con el éxito de otras épocas, la vieja fórmula exitosa de los partidos tradicionales, la vieja fórmula que de alguna manera define esa auténtica hazaña histórica de partidos con más de 150 años de historia, que Barrán y Nahum han definido bien, con una metáfora tal vez anti-evangélica, tal vez propia de un país secularizador: «el vino nuevo en el odre viejo». O sea, construir la renovación desde la tradición.

Ustedes saben que en el Evangelio dice «Nadie pone vino nuevo en el odre viejo porque el vino se agria y el odre se rompe». Sin embargo en la política uruguaya de todos los tiempos es y ha sido —y yo diría que tal vez no sólo para los partidos blanco y colorado— esa ha sido, decía, la fórmula más exitosa. Vino nuevo en odre viejo, renovación, innovación, desde la tradición.

Pero comencemos por los hitos y simplemente en un rápido video clip, muy de moda en estos tiempos, planteando asuntos.

En primer lugar, a mi juicio, para entender esa década y para entender la trayectoria de blancos y colorados, hay que comenzar con la coincidencia patriótica. Hay que comenzar con la significación de ese pacto que era un pacto consociativo, pero que era un pacto también de coparticipación a nivel del Estado, entre Luis Batlle Berres y Luis Alberto de Herrera.

El gran excluido de la salida del 42, es llamado por su archienemigo para articular un pacto que obviamente tenía que ver con el tema de reparto de cargos públicos pero que tenía que ver también con un tema trascendente, y que sigue siéndolo en toda la historia uruguaya: la coparticipación no sólo a nivel del gobierno sino a nivel del Estado. Incluso la colaboración entre adversarios claramente establecidos.

El gobierno de Luis Batlle, tuvo como rasgos generales el administrar la euforia económica pero también la euforia simbólica, el hiperoptimismo. Y las administra afirmando un liderazgo. Los liderazgos colorados suelen afirmarse desde el ejercicio de la Presidencia de la República y el caso de Luis Batlle es ejemplar en ese sentido.

La afirmación de un liderazgo partidario desde el ejercicio de la presidencia, pero también la afirmación de un grupo político que ya por entonces a comienzos de los años 50 tenía 20 años pero que precisamente en esa década y en particular desde el ejercicio del gobierno se aceptó como uno de los aparatos políticos más exitosos de la historia política uruguaya contemporánea. Estoy hablando del aparato de la 15, en términos de aparato electoral pero también en términos de escuela de estadistas, de escuela de articulación política.

Las elecciones de 1950 que plantean por un lado la fragmentación colorada, casi una situación no de tres tercios, pero una situación de grandes asimetrías entre la 15, la 14 y el blanco-acevedismo. El nacionalismo dividido entre el Partido Nacional —el lema histórico en manos del herrerismo— donde ya comenzaba a advertirse las señales del ascenso de Fernández Crespo, una señal disidente dentro del herrerismo. Y por otro lado un Partido Nacional Independiente que comenzaba a languidecer en su estrategia fuera del lema.



En el año 51 tenemos el pacto constitucional que es un pacto constituyente, un pacto de reglas de juego, pero que también es un pacto que tiene una proyección política más vasta. Los articuladores del pacto son el Presidente Martínez Trueba, Luis Alberto de Herrera, nuevamente táctico y César Batlle. El gran excluido del pacto es Luis Batlle.

De alguna manera en esa clave restauradora, Luis Batlle también había imaginado restaurar la trayectoria de su tío. La Presidencia, el viaje a Europa, un presidente tal vez anodino, sin perfil propio y luego la banda presidencial cuidada para el retorno.

Sin embargo el gobierno colegiado y también la reforma constitucional se ubican en la antesala de una crisis y no es casual que en el año 52 tiene lugar la aplicación de algo que era típico, la aplicación de medidas prontas de seguridad, en mayo y setiembre del año 52. Era una señal de que más allá del hiperoptimismo, de la euforia, estaban pasando cosas distintas en el Uruguay y que una época estaba encontrando sus límites.

Es también la década del ascenso del ruralismo, el proceso fundacional de la Liga Federal de Acción Ruralista, que a comienzos de los años 50 se configuraba como una expresión no partidaria, pero que rápidamente comenzaba a adquirir relevancia política y que poco a poco comenzaba a constituirse como un factor entre los partidos que iba más allá de una lógica meramente corporativa o una lógica de mero grupo de presión, como el episodio del 58 finalmente lo demostraría.

Las elecciones del 58 plantean el comienzo de un mapa de realineamiento de los partidos tradicionales. Un Partido Colorado con una neta victoria de la 15 de Luis Batlle, una 14 que se configura con una votación menor y una debacle del coloradismo independiente con la candidatura muy frustránea de Charlone.

En el Partido Nacional herrerista hay una situación también muy significativa: la ruptura dentro del lema y el surgimiento del Movimiento Popular Nacionalista, la fracción de Fernández Crespo que vota muy bien en esa elección del año 54 que configura una muy magra votación del Dr. Luis Alberto de Herrera. Y luego el comienzo de una ruptura dentro del nacionalismo independiente con un grupo que afirma la idea de reunificar a las distintas fuerzas dentro del lema —reconstrucción blanca— y un nacionalismo independiente entre comillas, intransigente, que queda fuera del lema y que sigue afirmando su acción, en ese caso, meramente testimonial.

Nuevamente Luis Batlle en el ejercicio del gobierno, ahora presidiendo un Colegio donde está nada menos que un octogenario Luis Alberto de Herrera, que sin embargo todavía mantenía una firmeza política señalada y Luis Batlle que había llegado a la presidencia justo con un país próspero, con Maracaná, con la euforia de los uruguayos, que vive la otra cara de la moneda, que vive el comienzo de la debacle, el comienzo de la crisis estructural, el cambio del mundo.

Comenzó el desnudamiento de ese cambio dramático para los intereses del país y el comienzo de múltiples referencias de crisis estructurales. Un país que comenzó a incorporar conceptos nuevos: inflación estructural, especulación. Un país que comenzó a incorporar una dimensión creciente de conflictividad social.

Esos años del segundo gobierno de Luis Batlle, ahora bajo la pauta del Consejo Nacional de Gobierno, fueron años en donde se configuran adentro de los partidos



tradicionales algunas innovaciones muy importantes. Citemos por ejemplo la reunificación del Partido Nacional con la reincorporación del último sector del nacionalismo independiente, pero más aún la configuración de la Unión Blanca Democrática (UBD) en 1956 como relegamiento del nacionalismo independiente, de reconstrucción blanca y del movimiento popular nacionalista y por otro lado, ya en el 58, la configuración del llamado eje herrero ruralista, lo cual venía a configurar un Partido Nacional reunificado pero con dos potencias parangonables litigando por la hegemonía dentro del lema, con una gran incertidumbre que era la significación electoral de la Liga Federal de Acción Ruralista.

Frente suyo el Partido Colorado que es un partido dividido, es un partido donde el batllismo está roto de manera definitiva. En el año 1956 el catorcismo ha terminado su relación privilegiada con el gobierno y hay una polarización dentro del partido que tampoco ayuda, primero a configurar respuestas viables, creíbles ante un contexto de crisis, pero tampoco a articular una estrategia política que pueda enfrentar a ese Partido Nacional que es el que proyectaba las innovaciones. Un Partido Nacional que innova, que se reunifica pero que también incorpora dos toros nuevos y un Partido Colorado, recientemente dividido en el gobierno, con el desgaste de un gobierno en un contexto de crisis, pero que no acierta en configurar una estrategia de innovación.

Las elecciones del 58 configuraron un espectacular vuelco electoral, el Partido Nacional que había perdido por más de 100 mil votos, lo cual es una victoria colorada realmente arrasadora en las elecciones del 54, terminaba ganando por más de 120 mil votos cuatro años después. En un país que tenía una tendencia electoral tan estable que parecía aburrida, un país de tendencias electorales muy señaladas, ese vuelco electoral era absolutamente dramático, era una verdadera revolución electoral.

Y en el comienzo de un gobierno herrero-ruralista, con un proyecto, en el discurso, maximalista: la revolución contra el país batllista, el viraje franco en las políticas públicas, con dos mojones importantes, la reforma monetaria y cambiaria de diciembre del 59 y la primera firma de una carta de intención con el FMI en el 60, lo cual revelaba una intencionalidad de un verdadero impulso anti-batllista de signo liberalizante en las políticas públicas.

El escenario se presentaba como de apogeo y crisis de un modelo de desarrollo, de una manera de concebir el desarrollo, de una ecuación neo-batllista del estado social. Y en el primer lustro de los 50, de alguna manera llegaron a su máximo nivel de expresión los rasgos distintivos de esa ecuación neo-batllista del estado social. Hay que distinguir esta ecuación neo-batllista del estado social de la ecuación del primer batllismo, en particular cuando hablamos del modelo del Estado.

El modelo de estado del neo-batllismo tiene mucho más parecido con el modelo terrista que con el modelo del primer batllismo. Tiene mucho más articulaciones de sus políticas públicas con Terra —que tampoco significó una ruptura tajante dentro del modelo del batllismo del 900— que con algunos de los impulsos destacados del primer batllismo. ¿Cuáles eran los rasgos distintivos que de alguna manera afirmaron su profundidad en este primer lustro?

En primer lugar un Estado y un modelo de desarrollo que expresara lo que en la época se llamaba muy frecuentemente la cultura del arreglo. La idea de que todo era



pasible a partir de un arreglo, de que la política debía afirmar una estrategia que no hiriera ningún interés y que de alguna manera el árbitro de esa pugna que no hería, en la que nadie debiera perder, era el Estado. Un Estado que podía articular, que podía sustentar esa cultura del arreglo a partir de un manejo del excedente económico.

En segundo lugar y muy en esa referencia, una compenetración muy fuerte entre Estado y sociedad. Un Estado efectivamente capturado, pero no capturado por un interés social determinado, mucho menos por una clase. Un Estado capturado por la red de intereses corporativos. Un Estado que definía como su norte el perseguir un estado de plena concurrencia, que de alguna manera se definía a sí mismo como alguien que no arbitraba, que no definía rumbos, sino que de alguna manera administraba la articulación entre intereses diversos.

Un Estado que se expandía para ser el gran empleador, se expandía para ser un instrumento de regulación indirecta no mercantil de la economía en el mercado salarial, pero se expandía a costa de perder capacidad decisoria. Un Estado que se expandía en su aparato estatal y paraestatal y se fragmentaba en su capacidad administrativa. Un Estado que engordaba pero que no tonificaba sus músculos.

Un Estado burocratizado que funcionaba con partidos que eran los reguladores no mercantiles de la economía, un Estado que definía la primacía absoluta de la política sobre la economía y con los partidos como correas de trasmisión de ese modelo.

En el segundo lustro de los años 50, ese modelo de desarrollo, esa manera de concebir la relación entre economía y política, esa ecuación neo-batllista del Estado social se desplomó. Se desplomó porque la complejidad social se acreció y ya no pudo lograr ser reducida por una matriz estatal que tenía menos recursos. Se desplomó porque las propias afecciones de aquel Estado comenzaron a hacerse manifiestas y comenzaron a perfilarse en una dimensión exorbitante, pero se desplomó sobre todo porque ya no fue posible esa regulación entre la política y la economía como había funcionado en el país de las décadas anteriores.

Entre otras cosas se desplomó ese modelo de desarrollo, se desplomó esa ecuación neo-batllista del estado social porque los dos grandes horizontes culturales que habían viabilizado medio siglo de implantaciones más o menos exitosas de ese modelo, también habían comenzado a derrumbarse.

¿Cuáles eran esos dos horizontes culturales? En primer lugar la posibilidad de un país pequeño que encontrara una inserción cómoda, fácil, en el mundo. De un país pequeño que aplicara una lógica pendular entre los dos gigantes vecinos y que lograra una intercomunicación plural con los mercados mundiales.

El mundo había cambiado radicalmente. En particular el mundo de la postguerra no tenía nada que ver con lo que había sido antes y sin embargo el Uruguay siguió practicando esa cosmovisión, esa visión de cómo insertarse en el mundo como la había practicado antes, pero en una época que ya no existía.

La prolongación de la guerra de Corea fue el canto del cisne de esa cosmovisión. Pero a partir de mediados de los años 50 esa idea de la Suiza de América, esa idea del pequeño país separado de la Argentina y del Brasil, esa idea del Uruguay solitario, del



país para andar solo, no podía producir futuro. No podía producir la construcción de un lugar en el mundo.

Y también comenzaba a derrumbarse el otro gran horizonte cultural. El horizonte cultural de la sociedad hiperintegrada. De esa sociedad obsesionada por integrar pero que pagaba un gran peaje, que integraba uniformizando, sin respetar la diversidad y que en ese sentido al sacralizar lo uniforme y sepultar lo diverso, al hacerle difícil la vida a la diversidad, al no encontrar una vía para articular integración social, en la diversidad, terminaba sofocando la innovación, terminaba sofocando la iniciativa y precisamente a partir de entonces comenzaba a nacer las claves del nuevo desarrollo en una perspectiva o en otra en todo el mundo.

El segundo asunto que tiene que ver con el comienzo de la erosión de un modelo de desarrollo, plantea de que en esa década comenzó a debilitarse nuestra democracia. En esa década comenzó a abarrotarse todo lo que detonaría en la década siguiente. En esa década comenzaron a erosionarse de modo imperceptible pero firme las pautas clásicas que habían formado la cultura política del país.

La centralidad de los partidos, la primacía de la referencia partidaria sobre cualquier otra referencia, la vieja idea de que la política construía la sociedad, una política continuativa, no disruptiva, una política que terminaba transfiriendo el arbitraje de sus asuntos fundamentales, de sus pleitos fundamentales en el terreno de las urnas: una política de pactos, una política que recelaba de las hegemonías en cualquier plano, una política de pauta coparticipativa.

Y en esa década comenzó la crisis de esa cultura democrática entre otras cosas porque comenzó la crisis de la legitimidad democrática. El Estado comenzó a perder su vieja referencia simbólica que había tenido desde antes del 900. Esa idea de que el Estado configuraba la unidad social de los uruguayos. Esa idea de un Estado que casi comportaba una religión cívica alternativa a las religiones institucionalizadas. Esa idea de un Estado en donde el matrimonio civil –entre otros ritos cívicos– transmitía mística.

Ese Estado empezó a perder mística en la vida cívica de los uruguayos. En medio de la burocratización, en medio del clientelismo, en medio de un Estado que perdía respeto entre los uruguayos, uruguayos que seguían articulándose en una clave estatista pero que comenzaban a separarse de la noción del Estado. Un estatismo ambiguo que todavía hoy tenemos presente los uruguayos que defienden el Estado pero que le viven haciendo trampas.

Una sociedad en donde el Estado perdió legitimidad y capacidad de articulación social, perdió capacidad de representación cultural. Una sociedad, como han dicho varios autores, que proyectaba un horizonte de industrialización pero que al mismo tiempo definía el ideal de que quienes iban a la UTU eran los bobos, los hijos que de alguna manera no tenían prestigio. Aquella sociedad orientada a la industrialización pero que sin embargo defendía el ideal de la chapa dorada en la puerta de cada casa.

Sin embargo aquella democracia que comenzaba a debilitarse, que comenzaba a perder mística, que comenzaba a perder capacidad de involucramiento simbólico –y no hay democracia sin eso, no hay democracia sin legitimidad, sin coraje cívico, sin pacto ciudadano, sin pacto de culturas– sin embargo esa democracia en crisis no transitó por algunos atajos que por aquel entonces eran muy frecuentes en América Latina.



Y hay que decirlo y hay que decirlo en homenaje de aquella sociedad con tantos déficits, fue una sociedad que resistió bien la tentación del populismo, que resistió bien la tentación de los líderes mesiánicos, que resistió bien la búsqueda del cambio a través de líderes extra-partidarios, masivos, que prometían la panacea, que prometían las grandes soluciones mágicas.

Que siguió apostando buscando el cambio, pero que siguió apostando a la idea de una política honda, de una política de cultura, de una política de partidos, de una política que se definía en acumulaciones lentas. No es poco mérito haber mantenido, haber resistido a la tentación populista más allá de que también hubo reflejos populistas en ambos partidos, pero en ningún caso esos reflejos terminaron configurándose con implantaciones populistas netas.

El tercer asunto, el gran déficit de la época, la falta de innovación. Ese clima restaurador que entre otras cosas se afirmaba en una gran miopía ante el cambio mundial, ese clima del hiperconformismo, ese clima que no terminaba de admitir que los horizontes culturales estaban cambiando.

Ese nuevo clima que no coadyuvaba al cambio porque el neo-batllismo terminaba prisionero de la trampa restauradora, un Batlle terminaba prisionero de batllistización de la sociedad uruguaya. Un reformista terminaba prisionero de la idea de que para reformar había que restaurar, había que volver atrás.

Pero también existía un déficit de productividad política que tenía que ver con el nuevo mapa nacionalista, en donde hacia el final de la década y buscando la alternativa al gobierno colorado, se configuraban dos polos enfrentados muy diversos, muy diferentes, que sin embargo terminaban configurando adentro del partido una suerte de empate que por cierto no permitía una productividad política distinta.

Mucho de lo frustráneo de las dos experiencias de los gobierno blancos, que por cierto también tuvieron sus éxitos, tienen que ver con ese empate en la interna partidaria. Ese clima restaurador que tuvo que ver con un sistema de partidos que comenzó a decrecer en su trascendencia, que comenzó a producir cada vez menos referentes imaginarios y que empezó a ser relegado poco a poco por la corporatización de la política, que va a ser la pauta que va a dominar en la década de los 60.

Tres asuntos entonces en esta rápida mirada sobre blancos y colorados en la década de los 50, el apogeo y la crisis de un modelo de desarrollo, de horizontes culturales, el comienzo del debilitamiento de un sistema democrático que sin embargo a través de sus reflejos, evita las tentaciones populistas y el gran déficit de no haber sabido articular la innovación desde la tradición. Tal vez esos sean tres asuntos particularmente relevantes en este contexto de blancos y colorados en los años 50.

Como en muchas otras ocasiones he buscado material documental de la época y tratando de comprender estos asuntos, buscaba referentes que hicieran a grandes liderazgos dentro de esas corrientes tradicionales y una vez más eché mano a un observador totalmente solitario de aquel momento, totalmente a contramano de aquel momento, como Carlos Quijano y quiero enfatizarlo.

Carlos Quijano —que cuando en el país se vivía sin presupuesto porque los presupuestos se terminaban de cerrar bastante tiempo después de ejecutados, y donde los



ministros de economía definían como horizontes de sus pautas de gobierno el hecho de que los recursos eran ilimitados, el problema era encontrar donde gastarlos— Quijano, decía, desde las páginas de un semanario de izquierda independiente, revisaba paso a paso, punto a punto, artículo a artículo el presupuesto, exigiéndole, repito desde un semanario de izquierda independiente, disciplina fiscal a los gobiernos y afirmando como una máxima obviamente condenada a la soledad, que Uruguay era un país pobre, que se avecinaban tiempos difíciles, que el mundo había cambiado y había cambiado para mal, desde la perspectiva de los uruguayos y que gobernar era descontentar.

Lo absurdo es que un hombre que definía aquellas ideas se haya presentado solo en dos ocasiones en esa década a las elecciones. Buscando documentación de la época y buscando referencias de Quijano, fui a lo que es un documento ejemplar de Quijano, que son sus necrológicas. Quijano fue durante toda su vida un obsesionado de la muerte. Siempre hablaba pensando en la muerte y en sus necrológicas hacía un balance que no era histórico ni historiográfico, pero que tampoco era el balance en el terreno de la pasión política.

Era un balance distinto, casi un testimonio y busqué las necrológicas de Quijano respecto a los dos grandes protagonistas de esta historia de blancos y colorados en los años 50, sin duda el Dr. Luis Alberto de Herrera y Luis Batlle Berres. Y encontré en esas necrológicas francamente ejemplares y siempre incitantes algunos atisbos para entender esta historia de blancos y colorados.

El 10 de abril del año 59 Quijano escribió en Marcha a propósito de la muerte de Herrera:

«Es difícil decir que muere con él una época, quizás esa época ya estaba muerta hace rato. El la había sobrevivido, pero tanto era su ardor que todavía y no obstante el desencuentro, seguía siendo el eje de la política nacional. Pero no es menos verdad que la victoria que coronó su batallar ha sido en buena parte por culpa de sus propios errores. Errores de guerrillero y de táctico, atento a la batalla cotidiana y no a la guerra total, una victoria confusa que abre sombrías perspectivas».

Lo comprendió y lo sintió hay que reconocerlo, al día siguiente de la misma victoria y entonces volvió al combate de frente con la decisión de todos sus días para deshacer el entuerto. En eso estaba, por eso su muerte es ahora más lamentable. Otra difícil jornada en la cual hubiera sido factor decisivo, quedaba y queda por cumplirse. La historia es una compleja trama pero sería estulticia negar que los hombres contribuyen a hacerla.

Vivo Batlle tal vez no hubiera podido consumarse el 31 de marzo, vivo Herrera el futuro inmediato tal vez tendría otra fisonomía. Es otra muestra del paradójico y extraordinario destino del Dr. Luis Alberto de Herrera. El guerrillero cae cuando después de haberse batido a lo largo y a lo ancho de todos los campos de la patria, humeantes todavía los fogones del campamento, pretende imponer y consolidar la paz y el orden y a sus manos lleva una frustrada y mutilada victoria. Una victoria que no pudo querer».

Y cinco años después ante la muerte de Luis Batlle, a quien también había conocido, pensando también en esa clave de testimonio, escribió:



«Un país había empezado a agonizar por los años 20. Ese país murió allá por los 30. Al término de la Segunda Guerra Mundial cuando Luis Batlle llega todavía en plena juventud a la Presidencia de la República, otro país había empezado a gestarse, a otro país había que hacer o conquistar. Decimos y no ha de tomarse por atrevida anticipación que él, Luis Batlle, tuvo conciencia de esta tarea, pero que careció de los medios para realizarla».

Fue un prisionero del medio, de su medio y por lo tanto en cierto sentido, una víctima del mismo. Pesaban sobre él, cómo no habrían de pesar!, su vasta acción precedente. El ambiente familiar y político en el que se había desenvuelto. El propio apellido tan cargado de historia. Un Batlle no podía romper con un pasado que otros Batlle y de modo especial el tío que conoció hasta bien entrada la juventud y que le ofreció la ternura y la enseñanza de padre, habían troquelado con poderosa huella. Muere cuando el enigma está sin resolver, cuando la tarea se torna cada día más urgente, el país a hacer, el país a conquistar. Puede hacerse, podrá conquistarse con los instrumentos de que Luis Batlle dispuso, por los caminos que Luis Batlle transitó.

Porque Luis Batlle hombre formado ayer, que venía del pasado cargado de tradición era todavía necesario y bien necesario para edificar el país del mañana. Ese país al cual todos los orientales nos debemos, que él sin duda intuyó donde su sombra por siempre, acalladas las voces y dormidos los ecos habrá de encontrar refugio y justicia».

Y entonces Quijano en el mundo político de estos dos grandes líderes, del Dr. Herrera y de Luis Batlle, en la hora de la muerte, tal vez reclamando que los dos hubieran sido necesarios, sin anteponer su identidad de izquierda, tal vez encontraba allí dos claves, un Herrera que terminaba con una victoria que no pudo querer y un Luis Batlle que no podía romper con un pasado tan pesado.

#### • LUIS E. MALLO

Voy a ofrecer una visión totalmente distinta de la que ha hecho el profesor y no va a ser una impresión aséptica porque yo no fui testigo de los años 50, fui protagonista. Es decir quedé involucrado. Quedé bastante involucrado en el principio y en el fin porque yo cultivé una estrecha relación con Quijano y si alguna vanidad tengo es un pequeño artículo que en octubre del año 59 el Dr. Quijano publicó en Marcha cuando renuncié y me separé del gobierno nacionalista que había triunfado o que se había establecido en el año 59.

Me pregunto en primer lugar, qué son blancos, qué son colorados. Ese es el primer problema que me planteo. Decía hoy que Marx –y en esta casa no está mal que se le cite, a veces cuando lo cito en el Senado causo cierta zozobra en mis compañeros– dijo que si las apariencias coincidieran con las esencias todo esfuerzo científico sería superfluo.

Es decir que si blancos y colorados fueron los que se enrolan en los partidos, los que frecuentan los partidos, los que figuran en las listas de los partidos, la apariencia y la esencia coincidirían y no es así.



Yo digo que todo el país está dividido en blancos y colorados, no por la pertenencia a un partido ni por ser candidato de un partido, porque las líneas de división no pasan por donde se dividen las bancas. Los límites son mucho más imprecisos y mucho más entrecruzados.

Porque todo el mundo, todo el país, cada uno de nosotros tiene una visión de blanco o una visión de colorado, que en definitiva empleando un término que no debe ser extraño en esta casa, tiene una visión del mundo y de la vida, algo que excede al catecismo de un partido, a una plataforma de un partido y a un programa.

Creo que refiere a un sentimiento, a una visión de sí mismo, de su país y del mundo, por eso digo que hay blancos que son colorados y hay colorados que son en esencia blancos y los demás o son blancos o son colorados. El otro día, se dio un episodio en el Senado donde creo que medio se separaron las visiones blancas y las visiones coloradas, donde la misma izquierda se dividió y donde con el Dr. Korzeniak nos pusimos en la misma trinchera y ya no con José Díaz porque Díaz es un hombre de Tupambaé con el cual tenemos muchas afinidades, y lo mismo sucedía con Vivian Trías, del que se decía que era un socialista blanco como hueso de bagual, que tenía una visión blanca; ¿y qué es tener una visión blanca y qué es tener una visión colorada? Yo no voy a darle una entonación peyorativa, a decir que unos son mejores que otros, trataré en eso de ser objetivo.

El Uruguay siempre se ha dicho, nació bajo la dialéctica, bajo la pugna de dos tesis. Una concepción oceánica, una concepción cosmopolita y una concepción americana, una concepción de frontera, una concepción de tierra adentro.

Eso es lo que constituye la esencia de los partidos. No digo que sean catequismos que estén escritos en los programas de los partidos. Alguien dijo con mucho acierto que eso eran tropismos. El tropismo es la atracción que en biología los seres vivos sienten hacia el sol; las plantas se inclinan hacia el sol, no toman una actitud decidida hacia el sol, tienen una inclinación, son tropismos, son inclinaciones.

Digo que en la década de los 50 hay dos episodios muy chicos pero esclarecedores pues la pequeña historia a veces explica la gran historia. Se cierra el año 49 con un tratado internacional.

Se cerró el año 49 con la firma de un tratado con Estados Unidos. Las relaciones con Estados Unidos han sido siempre la divisoria de las aguas en el Uruguay, es lo que ha puesto al desnudo las esencias profundas del sentimiento. Ese tratado era absolutamente lo más antiamericano que se pueda concebir.

El Uruguay le garantiza a Estados Unidos que tenía el carácter de nación más favorecida, sin excepción alguna, cuando el tratado anterior exceptuaba las preferencias que el Uruguay podía haberle dado a sus vecinos, es decir, a lo que podría ser el embrión, la génesis, la ilusión de un Mercosur o lo que para los blancos es la Patria Grande o la Patria Vieja, aquel hilo conductor, sino del ideario si del sentimiento federalista, que Artigas sintió. El tratado firmado era una posición oceánica, cosmopolita, una posición que miraba lejos, hacia Estados Unidos, con desprecio a lo americano. Recordemos, además, que era el tiempo en la Argentina de Perón.



Siempre se señaló y en esa época yo no era herrerista, yo era unionista pues tenía diferencias. Decir las diferencias que tuve con el Dr. Herrera sería de mal gusto y además sería comparar el Himalaya con el Cerro de Montevideo.

Parecía el Dr. Herrera muy inclinado al peronismo, muy vinculado al peronismo. Pues bien, el Brasil, que siempre hila con mucha delicadeza, Itamarati que siempre hace todas las cosas con mucho cálculo —porque incluso es el aprendiz del imperio, la sucursal del imperio que después supo independizarse del imperio y tal vez quiera ser imperio— condecora al Dr. Herrera con la medalla Ruy Barboza y el embajador de Brasil pronunció un discurso donde cada palabra tenía un sentido, porque empieza diciendo que condecoraba al más argentinista de los políticos uruguayos.

No se condecora a un hombre sin que el hombre acepte la condecoración y sea la causa de la condecoración. Herrera quería afirmar la identidad nacional, es decir una identidad que podía vincularse al peronismo. Ese peronismo que había crecido gracias a sus adversarios, pues los adversarios le dieron la bandera del anti-imperialismo.

Esos son para mí dos episodios que marcan la esencia del partido. En esa dialéctica, en esa pugna que como todo juego dialéctico termina en una síntesis del cual a su vez sale la nueva pugna y la síntesis es una tesis que a su vez encuentra una antítesis, en esa evolución dialéctica, hoy tendemos a una síntesis en el Mercosur, es decir, la frontera oceánica la juntamos con la frontera americana en una síntesis donde ocurre tal vez esa misma pugna que tenemos blancos y colorados, que a veces nos juntamos en una síntesis.

Y a veces nos separamos en una antítesis, pero que a veces también tenemos algo de común, porque hay colorados blancos y blancos colorados. Tal vez eso se advirtió en el año 23 cuando se discutió cuál era la fecha de independencia que debíamos conmemorar, si el 25 de Agosto o el 18 de Julio, el problema no era un problema de ciencia histórica, el problema encerraba mucho más pasiones, traducía otra cosa y el Partido Nacional se encolumnó atrás del 25 de Agosto porque tenía un sentido federalista y rioplatense, pero contó con Blanco Acevedo, con José Antuña, contó con la colaboración de gente colorada y algún blanco se alineó en la posición opuesta, como en materia de política internacional en el año 47 cuando el tratado de uniformización de armas que había logrado Truman, en el Uruguay tuvo un eco muy favorable.

Los mismos que lo patrocinaban habían apoyado la intervención multilateral, expuesta por un blanco pero de esencia, una tesis colorada. Una tesis cosmopolita.

También yo digo, que ninguna de las dos tesis tiene razón, la tesis blanca si se exagera lleva a una actitud cerril, a una actitud enquistada, a una actitud hosca, a una actitud combativa que se niega a toda idea nueva.

La actitud colorada si se exagera, conduce al descastamiento, conduce a la penetración cultural que es la peor forma del imperialismo, porque es la más solapada, porque el imperialismo se introduce sin que lo advirtamos. El imperialismo económico es más brutal, es más claro, es más visible para todo el mundo.

Bueno, ahora paso a ver la situación de los partidos. Estábamos en un ciclo de predominancia colorada. El neo-batllismo tenía algo que era una exacerbación del primero, tuvo un empuje industrializador.



Concibió a la industria nacional como fundamentalmente destinada al consumo interno y consideró las producciones competitivas, carne y lana, como simples generadoras de moneda fuerte aplicables a los presupuestos oficiales crecientes y a subvencionar las producciones no competitivas, porque no se hizo una discriminación. Quijano lo dijo muy bien. Industrializar es una cosa y las industrias son otras. Son dos concepciones distintas. En una ocasión tituló un editorial de Marcha diciendo, «De las industrias protegidas protégenos Señor».

Eso intensificó una política inflacionaria. Y no aparecieron industrias competitivas o aparecieron muy pocas. Era mucho más importante conseguir un tipo de cambio diferencial que introducir un perfeccionamiento tecnológico, era mucho más importante tener un ministro amigo que tener un ingeniero muy competente. Entonces la política económica llegó a un fin.

Se produjo como resultado un desequilibrio de la balanza comercial, y de esta forma quedó claro que si Batlle era prisionero de las concepciones del primer batllismo, era prisionero también de las industrias que había creado. Eso se acentuó en el año 54 cuando fueron a las elecciones con la divisa «Todo o Nada», y tuvo todo, porque consiguió más del 50% del Parlamento.

Parecía que el Partido Nacional se terminaba. Los que alentábamos la idea de unión, nos tirábamos a las coaliciones departamentales y aparecía Perico Zabalza intendente de Lavalleja o aparecía Nano Pérez intendente de Cerro Largo, o aparecía el Dr. Arriaga intendente de San José, pero el Partido Nacional parecía condenado a la desaparición. La reconstrucción blanca sacó un senador y un diputado.

Cuando se saca un senador y un diputado la gente lo toma como un caso. Sin embargo, no necesariamente es así. Yo se lo dije en una ocasión en la legislatura pasada a Luis Hierro. Le dije: «Ud. salió diputado por resto y al final, pero en la próxima encabezará la lista triunfadora, porque el péndulo de la política es así». Eso nos sucedió a nosotros. La reconstrucción blanca —a la que le pasaron la cuenta en el 54, porque sacamos un senador y un diputado— en el año 58 fue la viga maestra de la unión del partido.

Se produjo la Constitución del 51 y voy a decir cosas singulares, cosas contradictorias de la política nacional, cosas que no tienen mucha explicación lógica. El golpe de Estado del 33 —en ese entonces era un niño pero fui siempre un opositor total— tuvo como meta la aprobación de una nueva carta. La Constitución de Terra podrá haber tenido defectos en el aspecto político pero no fue una Constitución reaccionaria, no fue una Constitución fascistoide, no fue una Constitución autoritaria.

Salida de un golpe, de un machetazo como decía Frugoni, de la Revolución del Machete, creó el Contencioso Administrativo, creó o admitió la inconstitucionalidad de las leyes, es decir, llevaba en sí esencias plausibles que se desarrollaron. El pacto del 51 estaba teñido de un espíritu fenicio, de un espíritu de reparto, sin embargo hizo objetivo el Contencioso, estableció, extendió la inconstitucionalidad de las leyes y procuró someter al poder, a la autoridad, en un sistema de competencias circunscritas y bien marcadas.

En esa década pasa una cosa de la que no he oído muchas referencias. En Amé-



rica, no tanto en Uruguay que es un país más secularizado, hay dos instituciones con las que el poder político, los partidos políticos, tienen que tener unas relaciones cuidadosas porque son relaciones peligrosas: la iglesia y el ejército.

El Sr. Batlle en el 1954, dijo una cosa que yo la reconozco como una gran verdad, aunque en su momento me parecía algo alejado totalmente de la verdad. Dijo, «la presidencia enloquece». Si no lo enloqueció por lo menos lo inficionó de un espíritu autoritario y sus relaciones con el ejército dejaron de ser cuidadosas. El gobierno patrocinó una lista en el Centro Militar y la lista del gobierno perdió estruendosamente.

Un político menos autoritario hubiera reptado, hubiera esquivado un poco. El señor Batlle a todos los que integraron la lista mayoritaria los sancionó. A tenientes coroneles les dió el destino de capitanes y creó un profundo rencor en el ejército. De ese rencor salieron los que se orientaron después a la izquierda, como Licandro, Zufriategui, no creo que fue el caso de Seregni. Casi todos los militares que se orientaron al Frente, ahí sintieron la inclinación, pues se sintieron agraviados, ofendidos. Lo sé porque tuve un familiar, un primo muy querido que estuvo muy vinculado Frente Amplio, al que lo vi tomar personalmente esa posición.

Los otros, los que no fueron reactivos, se fueron a la buseca, se fueron a la conspiración, se fueron a tramar la venganza y lo hicieron muy despacio. Como dice Quijano, no se puede negar que los hombres algo hacen en el curso de la historia, no son los factores de la historia pero intervienen en la historia y muchas veces la definen. Ahí empezó a crearse una logia de coroneles, de tenientes coroneles, de mayores. Se auxiliaron en los concursos, en los ascensos, hasta que en los años 60 el pachecato les dió la ocasión favorable, para que tomaran la posición contraria a la constitución.

Yo he dicho —y ha causado un poco de escándalo— si no estamos ahora en un juego parecido. Si no estamos queriendo cambiar normas, carta orgánicas de las Fuerzas Armadas, con intenciones personales. ¿De nuevo vamos a mover a las serpientes, de nuevo vamos a provocar reacciones? Y algo de eso hay. En algunos proyectos que hemos parado, a los cuales nos hemos opuesto violentamente, como la modificación de la ley de la Armada. La razón de esa ley es clara; el Sr. Sanguinetti quiere que un determinado militar sea Contralmirante. Y para eso tiene que cambiar totalmente la ley orgánica de la marina. Y no se le ha ocurrido mejor cosa que cambiarla por un general. Ofrece a un sector del Partido Nacional un general a cambio de un contralmirante. Es un juego muy peligroso. Esos son los juegos peligrosos. El ejército creo que debe existir, pero nos debe respetar y para que nos respete tenemos que empezar por respetarlo o a no meternos en los juegos de ellos. La etapa del ejército con divisa pasó, ahora si existe tiene que ser un ejército profesional.

En el año 58, triunfa el Partido Nacional con el 40%, junto con el ruralismo. La ciudad tuvo que notificarse que existía la campaña porque los gauchos ataron los caballos en la Plaza Independencia, como Getulio Vargas ató sus caballos en el Palacio de Catete.

Pero lo que yo digo que divide a blancos y colorados estaba allí. El Sr. Nardone en reunión que tuvo con el embajador de Estados Unidos tomó netamente una política pro-americana.



Y eso Herrera, que a los 80 años había ido Consejo Nacional, no lo silenció. Porque yo fui testigo y lo vi. Le alcanzaron un papelito en una letra que uno apenas si leía, y a la media hora se sentían los gritos en la sala del Consejo como si el mundo se viniera abajo.

Yo creo que ni él mismo entendía lo que decía, pero al gobierno le hacía un mal espantoso porque al otro día el debate fulminaba al gobierno de adentro, porque decían que era un viejo decadente, que tenía un cáncer y que se iba a morir. Cuando los albañiles estaban arreglando la casa de gobierno, agarró un balde de mezcla y lo subió por la escalera.

Bueno, esta es la visión que yo tengo, entreverada después de un día de presupuesto. Les pido a Uds. que disculpen la extensión de mis palabras.

#### • OPE PASQUET

Confieso mis enormes limitaciones para abordar el tema porque ni soy un historiador como el Prof. Caetano ni he sido protagonista de aquellos años 50 en los que yo tomaba la mamadera. Tampoco tengo siquiera el beneficio de la imparcialidad o de la objetividad porque soy también hombre de partido, de manera que me acerco al tema con esa serie de limitaciones.

Quiero sí hacer una mención acerca de lo que planteaba el senador Mallo respecto al sentido profundo de ser blancos y ser colorados. Creo que hay algo de cierto. Creo que la tesis central es correcta, la comparto en cuanto a que hay mucho más que una cuestión electoral, una visión del mundo que se expresa en una colectividad política o en otra. Es la que dió referencia a la visión que se tiene del país en el mundo y su alineamiento a la política internacional.

En ese respecto yo, que digamos no tengo empacho en hacer mía, en reconocer que es cierta la posición que él le atribuye al Partido Colorado. Creo que los colorados sentimos los valores llamados universales o cosmopolitas con preferencia a otros. Yo me siento mucho más próximo a un demócrata lejano que a un déspota contiguo. Y estoy dispuesto a sentirme más afín con un demócrata norteamericano digamos, que con un tirano argentino o brasileño.

Esto siempre ha sido así y creo que los colorados nos seguimos reconociendo en eso como nos seguimos reconociendo por aquella tesis que afirma que el respeto por los derechos humanos está por encima del principio de no intervención. Eso es ciertamente así.

Y creo que esa concepción, esa idea, ha gravitado en nuestra historia política y ha gravitado también en lo que han sido nuestras relaciones con los Estados Unidos de América, yo creo que esta materia, o esta doctrina, está establecida en un libro del Dr. Luis Alberto de Herrera en 1912, «El Uruguay internacional».

Digo la buena doctrina porque la buena práctica ya venía de antes aunque fundar este acertó me llevaría por caminos que me alejarían demasiado del tema a conciliar.



Pero digo, la buena doctrina está allí porque Herrera señaló con toda lucidez el avance imperialista de Estados Unidos, decía que hasta aquí no iban a llegar y que aquí en el contexto rioplatense los Estados Unidos podían ser para el pequeño Uruguay un respaldo frente a lo que él llamaba las veleidades enfáticas de nuestros vecinos.

Yo creo que eso fue así y creo que esa carta estadounidense fue una carta con la que Uruguay tuvo que jugar en algún momento, en términos reales o fingidos, pero tuvo que manejarse con ella ante esas veleidades enfáticas que por cierto sentimos.

En el Uruguay de los años 50 la Argentina de Perón no era por cierto el vecino cordial y mercosurista que hoy tenemos. Era otro el estilo, otra la actitud, otros los desplantes. Entonces para llegar como hemos llegado felizmente hoy a una etapa de integración y acuerdo y armonía, hubo que pasar primero por una etapa de hacerse respetar como estado independiente.

Eso lo ha señalado bien Methol Ferré. He leído algo de él sobre todo últimamente en alguna nota de prensa, entonces creo que en la evolución histórica hubo que pasar primero por una afirmación de los estados independientes para poder llegar luego a una integración que se haga en un plano de respeto mutuo, de consideración recíproca y que no sea la integración de los grandes que avasallan a los chicos.

En cierto momento de la dictadura, ya convocado el plebiscito del año 80 empieza a suscitarse alguna actividad política, jóvenes de entonces colorados y batllistas empezamos a reunirnos y bueno en esas reuniones hacíamos el análisis de la situación, nos preguntábamos por qué habíamos llegado a la ruptura institucional y nuestro análisis era muy crítico de lo que había sido la actuación de los partidos políticos antes del golpe de estado.

Y como estas cosas deben empezar por casa, éramos muy críticos respecto de lo que había sido el funcionamiento del Partido Colorado en los años previos al golpe de estado y nuestra crítica llegaba incluso a los años 50. Respetábamos la figura de Luis Batlle, la figura de sus primos y adversarios, pero veíamos que en esos años se había perdido un elemento que para nosotros era fundamental, que era el funcionamiento orgánico y democrático del partido, al cual adscribíamos la posibilidad de renovación programática y doctrinaria que echábamos de menos.

Y entrando por allí nos subíamos a una crítica furibunda de los años 50, que no se hasta donde no tiene que ver también con esa evolución personal de cada uno con esa etapa de la vida entre la adolescencia y la primera juventud en la que critica ferozmente a sus padres.

Nosotros tal vez estábamos pasando por eso y hacíamos una crítica terrible de lo que había sido la actuación de los partidos tradicionales pero específicamente del Partido Colorado en los años 50. Decíamos «pero cómo se creyeron que habían tocado el cielo con las manos, que después de Maracaná estaba todo fantástico, que la democracia estaba conquistada de una vez para siempre, que con aquella política dirigista, digamos, burda y crasa, se iba a lograr el desarrollo económico y en fin, todo eso resultó después que no era así». «Que la democracia no estaba asegurada ni mucho menos, miren donde estamos hoy y que aquella política de sustitución de importaciones se agotó y vino la crisis, etc., etc».



Y bueno ese fue un momento crítico que vivimos intensamente y sinceramente. Pero luego el tiempo nos va haciendo crecer, madurar y tal vez las perspectivas van cambiando y no se puede negar hoy las insuficiencias de aquella época, de aquel tiempo, de aquellos modelos, hemos padecido esas insuficiencias.

Yo pertenezco a esa generación —que creo que Tomás Linn la denominó la generación post-maracaná— que de éxito no hemos conocido prácticamente nada, nacimos a la conciencia cívica en medio de un país en crisis. En crisis económica y en crisis política, donde con la violencia guerrillera de un lado y los militares del otro, la democracia se vino abajo, y hubo quienes cumplimos 18 años sin poder votar, sin soñar con votar porque estábamos en un país así atenaceado y afligido por esas circunstancias que nos marcaron hondamente.

De manera que no negamos todo lo que pueda ser la parte de crítica a esa democracia que se creyó definitivamente consolidada y que permitió que sus partidos se entregaran a un juego tal vez hasta frívolo en el reparto de posiciones.

Recuerdo aquel libro que escribió Couture, creo que en el año 56, «La comarca y el mundo», y había una complacencia tan bien fundada, tan bien expuesta, tan elegante, por eso mismo tan convincente, que daba la sensación que aquel Uruguay del que Couture hablaba como un maestro, que lo era, era una cosa ya ajena a Latinoamérica, definitivamente consolidada, que estaba más allá de cualquier vicisitud política. El país se miraba al espejo y decía, «como el Uruguay no hay».

Entonces a los que empezamos a hacer política en plena dictadura aquello nos resultaba francamente indignante, sublevante, una especie de ceguera del país todo, del país entero y que bueno, que había conducido a aquella situación de la que después estábamos nosotros padeciendo.

Les decía que el tiempo pasa y uno revalora algunas cosas, las vuelve a estimar. Y piensa, bueno si aquel país, aquella sociedad en definitiva tenía los instrumentos, tenía los medios, tenía las capacidades y los recursos humanos para ser mucho mejor de lo que fue, fue un pecado de culpa, de desidia, de mala voluntad de los uruguayos de entonces o era simplemente que era una sociedad todavía joven, en términos históricos, todavía inmadura, que tenía y que tiene mucho que andar todavía por el camino de la experiencia nacional para llegar a una madurez que le permita actuar de la mejor manera.

Después de computar con prolijidad el déficit, después de señalar con acritud los errores, las insuficiencias, bueno, a veces en el afán de ser equilibrado y obtener una perspectiva global busca también ver donde puede haber estado lo positivo, pienso que si se le busca con espíritu abierto uno lo encuentra también.

En primer lugar ese espíritu que llevaba a esa generación a lo grotesco, es triunfalista y por eso mismo censurable, pero era también un espíritu que revelaba una confianza en el país, un compromiso con el destino nacional al que se concebía en términos venturosos y positivos que yo no creo que le haga mal a país alguno, creo que está bien la crítica, la ecuanimidad pero creo que si no hay una fe originaria del destino nacional, no hay pueblo, no hay Estado, no hay partido político que pueda hacer camino.



Creo que el péndulo ha ido hace mucho tiempo hacia la otra punta y hemos ahondado en críticas demoledoras y devastadoras que más allá del rigor científico que puedan tener o no, en definitiva han inficionado el espíritu nacional con una sensación de derrota y de condena al fracaso que nos hace mal a todos, cualquiera sea el destino colectivo hacia el que queramos transitar.

Rescato entonces, de aquellos años 50 con sus errores, sus cegueras, sus miopías, sus parroquialismos, rescato pese a todo esa confianza en el destino nacional que nos parece un ingrediente absolutamente indispensable, en particular en esta etapa de la integración, en la que debemos transitar, de la cual soy un convencido, recibéndola no como la obliteración o la negación de los caracteres que nos particularizan y distinguen sino al contrario, concibiéndola como un marco más amplio en el cual afirmar nuestra individualidad, que es así como la integración funciona enriqueciendo a aquellos que de ella forman parte, y no negándolos, no empequeñeciéndolos, no oscureciéndolos. Necesitamos esa confianza en nosotros mismos y ese sentir con la conciencia tranquila que tenemos el derecho de estar aquí. Necesitamos eso para hacer nuestro aporte no económico sino humano a esa integración de la que formamos parte.

Y eso lo rescato como un elemento positivo del Uruguay de aquellos años que se levantaba y se inclinaba con orgullo frente a vecinos grandes que a menudo lo trataban con hostilidad y sin respeto alguno por esa forma que hoy creemos que están definitivamente consolidadas.

Rescato también de aquellos años la pulcra y contundente reafirmación democrática de los actores políticos. He repasado antes de venir aquí algunos discursos de entonces, sobre todo unos discursos de Luis Batlle. Uno advierte un machacar a los valores de la democracia, a las instituciones democráticas, los valores de ese régimen político que en definitiva resultan tonificantes, porque si entonces se pensaba que la democracia estaba definitivamente asegurada y sabíamos que no lo estaba, que es necesaria una actitud de permanente vigilancia y alerta, entonces en ese sentido la ortodoxia democrática militante de los años 50, me parece un valor a rescatar.

Yo le he escuchado decir a correligionarios míos, gente de mayor edad que estuvo cerca de Luis Batlle, que Luis Batlle estuvo siempre, no diría que obsesionado, pero sí siempre muy atento y alerta al tema militar porque él creía que esa era un área donde nunca había que descuidarse y había que mantenerse siempre atento porque allí puede estar siempre una amenaza al sistema democrático. Escuché contar más de una vez a Eduardo Paz Aguirre, que cuando él era muy joven había sido secretario de Luis Batlle cuando fue presidente de la República y en ese carácter esporádicamente le llegaban sobres de la Jefatura de Policía dirigidos al Presidente, que venían lacrados y él los entregaba como habían llegado a sus manos.

Hasta que el Presidente un día le dijo que el cargo de secretario venía de secreto, el secretario era el que conocía los secretos de manera que abriera nomás los sobres que para eso estaba allí y Paz Aguirre, veinteañero, empezó a abrir los sobres en los cuales la Jefatura de Policía daba cuenta de reuniones de jefes militares donde se hablaba en términos críticos del gobierno, de las instituciones, del régimen en general.

Y de ese clima viene el hecho de que Luis Batlle tuvo siempre una ametralladora que guardaba en su casa, porque decía que llegado el momento no se iba a entregar así



nomás. Y cuando muere Luis Batlle doña Matilde le entregó la ametralladora simbólica – un símbolo pero era una ametralladora real– a Amílcar Vasconcellos que inmediatamente fue director de Acción.

Después los caminos se separaron, esa fue una historia por todos conocida pero cuento esta anécdota del interior del partido porque demuestra hasta donde había conciencia de la importancia del tema militar, la peligrosidad potencial que podía tener y la necesidad de mantenerse alerta. Por eso rescato ese espíritu democrático, tenso, vigilante, peleador que Luis Batlle exhibía como un elemento a tener en cuenta en este tiempo.

Y quiero señalar otro rasgo más de aquellos años que me parece que no se ha visto con consideración. Por un lado tenemos una sociedad, decía Caetano recordando a Rama, hiperintegrada con los defectos y los elementos negativos que eso puede suponer o que objetivamente implica. Pero por otro lado tenía su arista positiva esa sociedad que se empeñaba en no dejar a nadie afuera.

Y que cuando pensaba en el desarrollo económico a través de la industrialización o la sustitución de importaciones por ejemplo, pensaba también en un país que repartía bienestar y prosperidad a todos los uruguayos, buscando que no se excluyera a nadie de ese esfuerzo en pos del desarrollo y que al contrario garantizara cierto grado de bienestar, garantizara una oportunidad de progreso porque se entendía, lo decía explícitamente Luis Batlle, que era de esa manera que se iba a consolidar la democracia, porque se iba a hacer carne en el pueblo la confianza de que a través del sufragio era posible vivir mejor y llegar a niveles superiores y estándares de vida superiores.

Hoy esta manera de ver las cosas está absolutamente demodé y esta visión de la sociedad integrada no es obviamente la que ocupa el centro del espacio público. No voy a analizar las otras visiones y por qué hemos llegado a ellas, o cosas por el estilo, pero digo simplemente que me parece que cuando la dirigencia política quiere conducir al país, no basta con que le muestre al país, le muestre al pueblo un horizonte lejano y le diga bueno, nos vamos hacia allá que allá está la tierra prometida.

Aquel Uruguay de los años 50, con todas sus limitaciones, sus pequeñeces, sus estrecheces, vio siempre a la tierra prometida como un lugar al que tenían que llegar todos. Y vio siempre al Estado como alguien que tenía que auxiliar al que quedara por el camino.

Todo esto es pasible de crítica, que ha sido formulada recurrentemente hasta el hartazgo pero creo que es un ingrediente que a mi me sigue pareciendo positivo cuando se trata lanzar al país en nuevas etapas que queremos que sean de desarrollo, que queremos que sean de prosperidad y nos encontramos con que se nos dispersa la sociedad en esta aldea global que hoy integramos y que nos cuesta mucho movilizar políticamente y hacer conciencia política de la necesidad de un esfuerzo nacional dirigido hacia determinadas metas.

Entonces después de haber pasado por esa crítica que reitero que fue hecha y rehecha y repetida que yo en un momento dado sentí muy profundamente, rescato hoy esa faceta de un Uruguay de los años 50 que después de todo no fue tan malo.



• JULIO LOUIS

Cuando empezó la década del 50, y grité los goles de Schiaffino y Ghiggia, tenía 11 años. Y venía de una situación que todos los niños la habíamos sentido profundamente. Lloré en brazos de mi madre cuando París fue liberada y sentí una profunda emoción cuando por primera vez tuve en mis manos una bandera roja con un martillo y la hoz como símbolo de los campesinos.

En mi casa, en mi barrio se entrecruzaron distintas experiencias, porque mi padre fue un militante socialista y con él hice mis primeros pasos yendo al puerto de Montevideo donde aprendí a convivir con los trabajadores.

Tenía un vecino muy querido, algo así como un abuelo, que era un ferviente batllista, a su lado sentí el valor de la libertad contra el totalitarismo. Y mi familia materna era blanca como hueso de bagual y sentí profundamente los valores de nación que detrás de ellos había.

Cuando llegué a la adolescencia, en ese matete tuve que elegir. Y la categoría que empieza a primar fue aquella que más había sentido, la categoría de clase, la categoría que me hermanaba con todos los trabajadores y los explotados del mundo. Por eso desde muy temprano sentí algunas cosas. Sentí aquella Constitución del 51, yo era un escolar y la vi como una trampa.

No como un proyecto pactista, pero sí como la repartija del tres y dos, y como una ley de lemas que permitía y embretaba a quienes no estuvieran en los partidos mayoritarios. Más tarde, cursando mi primer año liceal vi en las calles de Montevideo por primera vez tanquetas con soldados y esas tanquetas y esos soldados eran contra los obreros que estaban en huelga. Que estaban resistiendo las medidas de seguridad.

El tercer hecho que me conmovió profundamente fue una agresión a un pequeño país hermano. La agresión norteamericana a Guatemala. Y entonces allí sin tener muy claro todos los razonamientos ingresé a la Juventud Socialista. Porque en definitiva todo ser humano es una combinación de razón y de pasión y uno no sabe muy bien donde termina lo uno y donde empieza lo otro.

Y en aquel cuartito pegado a la Sala Grande de la Casa del Pueblo, había dos murales en planograf negro con letras blancas que me impactaron profundamente. Uno de ellos era un llamamiento a la Central Unica, con aquellos versos de Martín Fierro, «Los hermanos sean unidos porque esta es la ley primera...»

Había una propaganda de Piriápolis, «Sume Ud. sol, más cerros, más playas igual Piriápolis» y alguien que no era yo porque todavía no había ingresado a la Juventud Socialista, aunque sí me reía con la picardía que aquello encerraba, la había trastocado en : «Sume Ud. colorados, más blancos, más cívicos igual burguesía podrida».

Empecé a pensar qué quería decir aquel mural que tanta ira provocó en Don Emillo Frugoni, que entendía que no eran los términos adecuados para la lucha política. Pero empecé a pensar qué podían encerrar aquellos dos murales. Y tuve dos grandes maestros, uno argentino y uno uruguayo. Los dos profesores de historia, los dos son en cierto modo culpables de habernos hecho a Carlos Machado y a mi docentes de historia.



Se llamaban Enrique Broquen y Vivian Trías y ellos nos inculcaron nociones a un pequeño grupo de militantes. Así llegué a la conclusión de la necesidad de profundizar en la historia. Y allá por los años 70 hice un librito que hoy no mantendría el título, porque tal vez el título merece una explicación que en el 68 no la requería. «Batlle y Ordóñez, apogeo y muerte de la democracia burguesa».

Porque en definitiva a lo largo del conocimiento histórico hay dos figuras relevantes que me parecen dignas de toda estima aún en la discrepancia. En el siglo XIX, la de Bernardo Prudencio Berro y en el Siglo XX la de José Batlle y Ordóñez.

¿Puede conceptuarse que el batllismo alcanza los objetivos progresistas y radicales de su conductor a través del siglo? La respuesta enjuicia históricamente al batllismo y es no. Ciertamente logra algunos pasos adelante de relevancia.

Que el liberalismo haya penetrado a fondo en la sociedad uruguaya reemplazando la influencia oscurantista de la Iglesia Católica, que el laicismo se haya afirmado como el pilar básico del sistema educativo, que se haya concientizado el respeto a las opiniones ajenas, el respeto a la humanidad, y aún en forma más amplia, el respeto a todos los seres vivos. La comprensión de lo perjudicial que resulta sino el Imperialismo por lo menos el empresismo privado en vastos sectores de la población, el avanzado sistema de seguridad social, son sin lugar a dudas fruto principal de la acción progresista desempeñada por el batllismo, favorecido por circunstancias históricas excepcionales. Los altos precios logrados para nuestra producción exportable y la lucha interimperialista aún no definida.

Todo eso lograron una sociedad semi-colonial, dependiente, fuertemente influida por los prejuicios aportados por los colonizadores no es poco por cierto. Pero de todos modos, no resuelve los graves problemas que con el transcurso del tiempo se acentuaron. Dependencia frente al capital imperialista, libre producción del número de latifundios, insuficiente y unilateral desarrollo industrial, relación de intercambio desfavorable en los mercados internacionales, etc.

En suma, no resuelve ni uno solo de los problemas infraestructurales, verdadera hija segundona del sistema, la burguesía industrial y su expresión política el batllismo tuvo que seguir como en la rueda trasera de un rodado a la delantera el curso trazado por los ejes del sistema: El imperialismo y el latifundio.

Estos días leyendo y abarcando más que directamente al batllismo, encontré una estupenda página de Vivian Trías escrita en enero de 1954.

Se llama «La crisis histórica del Uruguay», y vuelve a señalar que el Uruguay ha vivido una profunda y compleja crisis histórica que aún esta incubando, dice que su crisis no ha pasado desapercibida a los propios dirigentes del tradicionalismo burgués. Y señala, «pero la sensibilidad de los dirigentes burgueses no pasa de ahí, es más no debe pasar de ahí. Nuestra burguesía está presa en la urdimbre de su propia telaraña, es prisionera de sus propias contradicciones, ha creado un sistema, de alguna manera hay que llamarlo, social, cuyo control ya no posee y que se ha convertido en el titiritero impersonal que mide las marionetas políticas en el retablo nacional.

El drama de los dirigentes burgueses que aún no se han transformado en desvergonzados traficantes de la política, es vislumbrar el advenimiento del cataclismo y no



poder hacer nada por evitarlo. Porque esas soluciones no podrán hallarse en los recursos, los procedimientos, la doctrina, las tradiciones de los partidos mayoritarios.

El ciclo de esos partidos está terminando, su misión histórica ya está cumplida. Para ellos ya no hay futuro creador, aunque puedan sobrevivir. No pueden enfocar una sola solución de fondo para los graves problemas nacionales. Viven obstinadamente apoyados al presente porque tienen miedo del mañana que ya no les pertenece».

Trías nos decía que la misión histórica de la burguesía pasaba por cuatro ejes. En primer lugar la reforma agraria, esa que sólo en el Uruguay, o mejor dicho en la Banda Oriental, intentó en exclusividad Don José Artigas. Obra incumplida, no ha hecho más el curso del siglo XX que acentuar el valor retardatario de que unos pocos posean mucho y muchos ya no solo no posean nada sino que tengan que emigrar de la campaña.

En segundo lugar la industrialización, que en el Uruguay quedó de patas cortas porque no fue acompañada de la reforma agraria, porque no fue acompañada de otro criterio que el núcleo empresarial con que en definitiva la guió, por ejemplo, los gobiernos batllistas. Porque en definitiva, industrialización y reforma agraria van de la mano en aras, en ancas de un proyecto al servicio de las grandes mayorías.

La tercera obra inconclusa es la nacionalidad. Yo discrepo con los antecesores que hicieron uso de la palabra en que el Mercosur apunta en el sentido de Artigas. El Mercosur apunta en el sentido de las transnacionales, y lo que tenemos por cumplir y por hacer es una gran internacional de pueblos y de países pero con otro encare que el que tiene el Mercosur. Esa tarea de patria grande también quedó incumplida.

Quizás lo que mejor cumplieron fue la democracia política, esa que existió en los años 50 pero que ya empezaba a resquebrajarse y que nos ha llevado a esta democracia tutelada en que los asesinos puedan caminar tranquilamente en las calles y nos obligue por ejemplo en las aulas a tener que convivir con nuestros torturadores.

No está cumplida, está agotada como dice Trías pero el contenido, aunque sea mucho más firme, aunque sea mucho más exacto, no deja de ser el contenido de aquel mural violento y grosero de la Juventud Socialista.

Yo creo en sí, que esos partidos tradicionales están vinculados directamente a la clase dominante, a aquellas urdimbres de nombres y de apellidos que Trías nos enseñó a hacer diciendo quien era cada uno, cómo estaba vinculado a las estancias, a la banca, y al comercio, sigue en pie.

Y esos grandes partidos, no están apoyados por las centrales de trabajadores o por los cooperativistas de pequeños ahorristas. Están apoyados por la Asociación de Bancos, por las asociaciones industriales, por el alto comercio, por la Asociación Rural.

Yo en ese sentido creo que la década del 50 significó el ocaso y el agotamiento de estos partidos que en otros momentos supieron coadyuvar al desarrollo del país y en ese sentido, rescatando esa década del 50, viendo los muchos errores que cometimos, desde el seno de la izquierda quienes fuimos actores juveniles de esa época, yo fundamentalmente rescato sobre todo un concepto, la fidelidad plena a la clase que los vio nacer, a la clase que trabaja, a la clase que en definitiva tiene en su interior el futuro del país: la clase trabajadora.